EL EMPERADOR

POR

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA (*)

"Durante sus últimas semanas, el Emperador solía sentarse en el jardín, a las horas tranquilas de la caída de la tarde, para contemplar el cuadro "La Gloria", de Tiziano, el Juicio Final, en el cual, ocupando él su correspondiente lugar en la uniformidad de una inmensa jerarquía, comparece con gesto suplicante ante el trono de Dios, asumiendo toda la responsabilidad de sus actos. Se daba cuenta en ese momento de que la semilla de todas las acciones fructifica, aunque de otro modo que en los campos de la tierra, sin certidumbre de tiempo, de lugar ni de figura habitual, en algún sitio, en algún momento y en formas que no podemos siquiera imaginar." Con estas palabras que apuntaban hacia nuestros días cierra Carl J. Burckhardt su magistral estudio sobre el gran soberano, cuyo recuerdo conmemoramos.

No es éste momento ni ocasión para esbozar la grandiosa historia de Carlos V. El tema es demasiado profundo, demasiado débiles las fuerzas de un hombre solo, para encerrar en el marco de un breve estudio la figura monumental del gran soberano. Para hacerle justicia, para comprender su grandeza, aun sólo de modo aproximado, sería preciso describir todo su siglo, su significación para el Occidente, para la Iglesia, para el Imperio, para el mundo. Sería preciso abordar su figura como soberano, como político, como caudillo militar, como teólogo, como pensador. Con cualquiera de estas omisiones se correría el riesgo de quedarse en la superficie de las cosas. Con demasiada frecuencia, cuando investigamos la Historia, nos perdemos en el laberinto de datos, de batallas, de tratados firmados y violados y dejamos de ver fácilmente lo grande, lo esencial, los arquetipos, las figuras creadoras, las poderosas corrientes del espíritu cuya significación sobrepasa a la de cualquier hecho de armas o jugada diplomática.

Si a pesar de todo nos atrevemos a hablar de la gran figura del soberano de Occidente, habremos de limitarnos a una sola de sus muchas facetas. Pues Carlos V es para las naciones del *orbis europeus christianus* un símbolo. Es el Emperador por antonomasia. Carl J. Burckhardt le llama el "último Emperador de la cristiandad". Ramón Me-

---

(*) Conferencia pronunciada en la Universidad de Salamanca el día 6 de mayo de 1958.

néndez Pidal habla del "último Emperador universal". El mismo se titula en una carta a Schah Xaka Izmael Sophi, "*optimi dei clementia Romanorum atque christiani orbis imperator augustus*". Estas citas ponen de manifiesto la significación del Imperio, la esencia sacro-imperial de Carlos.

Ha habido historiadores, y no los peores, como, por ejemplo, Brandi, que no supieron comprender este auténtico sentido de la vida de Carlos V. Precisamente entre las líneas de un Brandi advertimos que el autor, a pesar de su amplio saber, carecía de la intuición necesaria para penetrar hasta lo más profundo de la esencia del Imperio de Carlos V. La influencia de los prejuicios religiosos y de una concepción liberal de la Historia era demasiado fuerte en él. El mayor error de Brandi nos parece ser su intento de poner en un primer plano la figura de Gattinara, atribuyéndole el mérito de haber inculcado a su señor, casi contra su voluntad, la idea imperial.

Si examinamos objetivamente la vida de Carlos V encontraremos en su corte, en su círculo político, tres corrientes espirituales entre las que tenía que elegir. Estas concepciones divergentes estaban representadas por personalidades de relieve. Hombres que creían honradamente en la justicia de sus ideas y cuyas capacidades destacaban con mucho sobre el término medio.

En primer lugar, estuvo desde 1509, al lado del Emperador, Guillermo de Croy, señor de Chièvres. Chièvres era un antiguo borgoñón e intentó durante toda su vida hacer de su amo un hidalgo borgoñón.

Entre las múltiples formaciones políticas en la historia de nuestro continente, la Borgoña es una de las más interesantes e importantes.

Partiendo del régimen de Lotario, el imperio borgoñón se extendió hacia el centro del continente europeo de entonces. Su función en Occidente fué la de servir de equilibrio y de transición entre la zona francesa y la alemana. Además de ello, habría, también, Borgoña de servir como lazo de unión con la naciente potencia naval inglesa. Esto explica los distintos vínculos feudales del espacio borgoñón que en todas direcciones creó condominios y de este modo impidió una clara delimitación de las soberanías. Tal vez por instinto, tal vez conscientemente, se dieron cuenta los borgoñones de que una auténtica separación, si se cortaran estos vínculos, conduciría necesariamente a choques, así como que la premisa de una paz permanente era precisamente un factor de equilibrio. Esta peculiar situación en el Centro, este entrelazamiento de derechos y territorios que se extendían desde los Países Bajos hasta la frontera de Italia impidió siempre a la Borgoña constituir un territorio cerrado. La gran Borgoña parece un mosaico de soberanías.

Para mantener aglutinadas estas partes dispersas, muchas veces

aisladas, había que crear una fuerza de unión. La dinastía sola no bastaba para ello. Era ciertamente la piedra angular del edificio, pero para edificarlo era preciso algo más. Ese necesario impulso final lo dieron la nobleza y la fuerza formativa de un peculiar estilo de vida.

Quede en suspenso el juicio sobre la medida en que contribuyeron a la común tarea las virtudes creadoras de la Casa Real borgoñona y sus nobles y las fuerzas objetivas del ambiente. La Historia ha demostrado en todo caso que en ninguna parte son tan profundas y claras las grandes líneas del destino de Occidente como en el valle que va desde la desembocadura del Rhin hasta el Saone y el Ródano, a través del curso del Mosela, uniendo el Mar del Norte con el Mediterráneo. En este espacio tan fértil, espiritual como materialmente, surgió ya en el siglo XI el gran movimiento de reforma que va unido a los nombres del Monasterio de Cluny y de su Abad Odilo. Este movimiento fué la fuerza motriz en el terreno político cuando estalló la lucha entre el Rey alemán y el Papa sobre la reforma de la Iglesia. Las investigaciones más recientes han demostrado que también guardan relación con este movimiento espiritual los principios del nuevo arte espiritualista que llamamos "estilo gótico". El contacto de las esencias románicas y germánicas contribuyó en un grado nada despreciable a la formación de este carácter especial de los borgoñones. En el siglo XIII surgen en Flandes y en Brabante un conjunto de ciudades florecientes. La historia del arte nos enseña que es entonces cuando tiene lugar el nacimiento de una escuela de pintura —pensemos en los hermanos van Eyck. El arte de las miniaturas alcanza su más perfecta expresión en los libros de horas borgoñones. En otro campo del arte también las cuatro escuelas musicales borgoñonas engendraron un estilo de polifonía que fué modelo para toda Europa durante siglo y medio. En una palabra floreció lo que se llamaba "el otoño de la Edad Media", época dorada de abundancia y de madurez, que Johan Huizinga nos ha descrito con tanta maestría y riqueza de datos.

Principales portadores de esta cultura otoñal de la Edad Media fueron en primera línea los caballeros borgoñones, en cuyas formas de vida fué educado Carlos V, nacido y criado en los Países Bajos. Nunca perdió el Emperador la conciencia de ser un caballero borgoñón por nacimiento y raza.

"Durante toda su vida —nos dice Peter Rassow— recordó con complacencia que por su origen era un par de Francia, pero también por su sangre, un Valois." Desde un punto de vista jurídico, sólo con la paz de Madrid en 1526 dejó de ser un vasallo de la corona francesa, cuando ya hacía siete años que era Emperador romano y Rey alemán.

Se han confundido demasiado a menudo la nobleza feudal y su mun-

do ideológico con la nobleza de tiempos posteriores. Se ha considerado la nobleza feudal como una casta. Ciertamente, con el tiempo, se convirtió en ella, pero esto fué sólo el último efecto de su decadencia. Pues mientras la institución conservó todo su vigor, el noble en realidad era un funcionario. Esto se advierte claramente en el sistema feudal. En una época en que la economía era todavía muy rudimentaria, la única riqueza auténtica era la fuerza. Por eso al funcionario se le retribuía con el derecho al uso de tierra. Después de su muerte o de su destitución volvía la tierra a la Corona, la cual podía disponer libremente de ella.

De este modo la nobleza borgoñona fué durante la época del florecimiento del Estado un noble Cuerpo de funcionarios rico en tradiciones, en el más auténtico sentido de la palabra, y con la misión de servir al Estado y a sus súbditos. Su tradición unitaria y un común código, no escrito, del honor constituyeron el aglutinante que dió cohesión a una difícil estructura política.

Esta elevada función explica la situación peculiar que en el derecho público ocupaba la élite de la nobleza feudal, que alcanza su expresión más acusada en los derechos de los Caballeros del Toisón de Oro, los cuales podían juzgar y censurar en los cabildos a su propio soberano. Este, por su parte, no podía declarar la guerra sin el consentimiento de los caballeros. Es significativo, con relación al intento borgoñón de crear una auténtica élite europea, con cuyo concurso pudieran unirse territorios y naciones, que desde el principio no se reclutara la Alta Orden sólo a base de nobleza borgoñona, sino que incluyera a lo mejor de todo el Occidente. El mismo espíritu, en otro orden parecido, nos muestra la unión entre la Corte y la nobleza, por una parte, y el mundo intelectual y artístico, por otra.

Sobre esta base consigue Borgoña crear su propio estilo de vida. Hasta hoy, a través de las generaciones, nos han llegado sus huellas y admiramos su fuerza. Después de siglos de labor niveladora, de extirpación de la herencia borgoñona, reconoce el viajero observador el reflejo de la grandeza de otra época tan pronto como traspasa las fronteras de la antigua Borgoña. Existe, aún hoy, una auténtica cultura borgoñona, un auténtico modo de vivir borgoñón que está arraigando profundamente en el pueblo, aun en el hombre más humilde. Apenas hay un territorio en nuestra época sobre el cual el hombre haya impreso más profundamente su huella que el de la antigua Borgoña. Vivamente nos impresionan los grandes monumentos, las catedrales, los palacios; aunque todo ello también lo encontremos en otros lugares. Más impresionantes todavía son, sin embargo, las casas humildes, la disposición de los caminos, el carácter de las viñas,

de los jardines, toda la vida del pueblo. Borgoña ha estado a punto de lograr crear un nuevo tipo humano. Lo advertimos en la enorme profusión de la pintura flamenca y holandesa del siglo XVI hasta principios del XVIII. Todavía perdura hoy en Bélgica, Holanda y Luxemburgo, donde sus hombres son en tan gran proporción por su religiosidad y su realismo cristiano, su gran sentido práctico que, sin embargo, dan a Dios lo que es de Dios, luchadores por el pensamiento de la unidad europea.

Con el primer surgimiento del nacionalismo, el renacimiento y la invasión del pensamiento pagano en el universo cristiano fué puesto a la defensiva el concepto borgoñón. Al excesivo crecimiento y refinamiento de su cultura siguió, como en otras tantas ocasiones, una cierta decadencia. Se perdió progresivamente, con los territorios, la libertad de movimientos, originándose con ello una crisis en la nobleza, al convertirse en una casta rígida en vez de una élite llena de vigor y siempre renovada. Claro que aún así siguió siendo una casta inteligente, severamente educada y con muchas de las valiosas características de la élite. Pero le faltó el dinamismo pasado. En su lugar cayó en una melancólica nostalgia de pasadas grandezas y en una disposición a dar más valor a las palabras que a los hechos.

La Borgoña de Chièvres se apoyaba todavía, en gran medida, sobre unos gloriosos recuerdos, unos grandes conocimientos y un arte perfecto de dirigir al Estado; pero, al mismo tiempo, también sobre una conciencia de clase desconocida para las generaciones anteriores. Destro de este cuadro hay que juzgar el intento de Guillermo de Croy de hacer de Carlos un caballero borgoñón, cuya principal misión consistiera en restablecer la pasada grandeza que tuviera por supuesto una mentalidad universal, pero que, al mismo tiempo, guardase entera fidelidad a una clase con sus virtudes y defectos.

Una ideología radicalmente distinta de la de Chièvres representó el italiano Gattinara. Fuertemente dominado, como la mayor parte de las mentes esclarecidas de entonces, por las ideas romano-paganas, y aunque él mismo devoto cristiano y partidario del Imperio, Gattinara ve en el pensamiento imperial occidental la continuación del Imperio de los Césares. Su sueño, tal como se deduce de sus escritos, es el de una monarquía universal que se apoyara sobre la posesión de la mayor cantidad posible de tierras y sobre la concentración de un gran poder en las manos del soberano. Gattinara no ve en el Emperador el promotor de la paz entre los monarcas, ni al unificador del Occidente, sino a aquel absurdo soberano romano que somete a otros Estados, derriba sus gobiernos, convierte a sus reyes en vasallos o los exila, y se convierte, por tanto, en el gobernante directo de todo el mundo

conocido. A esta concepción la llama Gattinara "Imperio". Intenta realizarlo. Es significativo que en 1525, cuando Francisco I de Francia es hecho prisionero en Pavía, Gattinara, en unión con los borgoñones y flamencos, intenta aprovechar la ocasión para eliminar al Rey borbón, arrebatándole todos los territorios que fuera posible. Cuando Gattinara propugna el Imperio y la coronación de su soberano persigue con ello el objeto de aumentar su poder como un paso en el camino hacia la monarquía universal soñada por él.

En 1509, al llegar Guillermo de Croy al lado del entonces joven de diecinueve años Carlos de Habsburgo, aparece en la corte también el representante del auténtico concepto cristiano del Imperio en la persona del doctor Mota, que habría de ser, además de capellán y limosnero de Carlos V, el primer representante de aquella comunidad de consejeros españoles y alemanes del soberano, que incluye nombres tan brillantes como Hugo de Moncada, el marqués de Pescara y el obispo de Guadix, Fray Antonio de Guevara. Este grupo procede espiritualmente de la ideología de la Reconquista. La lucha de los enemigos de la Fe sobre el territorio de la Península Ibérica ha sido en el auténtico sentido de la palabra la última Cruzada. Las cruzadas fueron la más alta expresión, casi puede decirse la integración y el arquetipo del medievo cristiano. Allí donde se libraron las últimas batallas de aquel tiempo llegó el espíritu de la Edad Media hasta la Moderna, mientras que en otros sitios fué destruído aquel espíritu por el Renacimiento. Encontramos, por tanto, en estos españoles, como más tarde en los alemanes, a consecuencia de esta lucha contra el ataque del Islam, una profunda comprensión para el pensamiento imperial cristiano universal. Pensamiento que no tiene nada en común con la monarquía universal de un Gattinara. No es milagro, por tanto, que el pensamiento imperial en el tiempo de Carlos V encontrara en España fácil arraigo. La política imperial de Carlos V y Fernando I puede, pues, calificarse con derecho como una hispanización de la Europa de entonces. España comprende el sentido del Imperio. Este profundo entendimiento lo advertimos en los escritos de Fray de Guevara, así como en las afirmaciones del doctor Mota ante las Cortes de La Coruña, en abril de 1520, de que Carlos V no es un soberano como los demás reyes de este mundo. "El sólo, en la tierra, es Rey de Reyes, pues recibió de Dios el Imperio." Más adelante, dice: "Nuestro Rey de España es hecho por gracia de Dios Rey de Romanos y Emperador del mundo." Y concluye: "España es el corazón del Imperio; este Reino es el fundamento, el amparo y la fuerza de todos los otros."

En estas palabras del doctor Mota, como también en el discurso que pronunció el Emperador en Madrid el 16 de septiembre de 1528,

cuyo autor supone con mucha razón Ramón Menéndez Pidal que fuera Fray Antonio de Guevara, se expone el pensamiento imperial universal y la misión del Emperador. Describen elocuentemente todas las características esenciales del Imperio, las mismas que tras un cuidadoso análisis de su elevada función observamos hoy día.

Vemos, pues, en la historia tres fuerzas luchando en torno a Carlos V: el concepto de la nobleza borgoñona, el ideal italiano de una monarquía universal inspirada en la antigua Roma y, finalmente, el pensamiento imperial de los españoles y alemanes.

Ya hemos indicado que el gran historiador Brandi es de opinión que el Emperador sólo adoptó una posición clara en este conflicto en el año 1528, decidiéndose en este año por la tesis de Gattinara. Creemos nosotros que esta interpretación no se ajusta a la realidad. Carlos V estaba ya decidido, desde los diecisiete años, a ser emperador. En 1519 adopta una actitud enérgica contra los que se proponían en los Países Bajos llevar a su hermano Fernando a la dignidad imperial y separarle a él mismo, y con él a España, del Imperio. Precisamente estas unívocas instrucciones nos muestran que ya entonces había sido tomada la decisión de Carlos en favor del Imperio y de la idea imperial, según la concepción de sus consejeros españoles. Aún más claras son las palabras ya citadas del doctor Mota, en La Coruña, pronunciadas por el gran obispo, no en nombre propio, sino en el de su señor.

Se nos objetará que Carlos, más tarde, se pronunció por Borgoña. Un estudio cuidadoso de sus escritos nos dará razón exacta de ello. Carlos ha mantenido, sin duda durante toda su vida, una fidelidad sentimental a Borgoña, a su tradición caballeresca y a su cultura. La nostalgia borgoñona de sus cortesanos le influyó necesariamente de un modo decisivo precisamente en los años críticos. Tampoco debe olvidarse que él pasó su juventud, con sus impresiones tan poderosas y duraderas, en aquellos Países Bajos que eran un pedazo del corazón de la antigua Borgoña y que, a su lado, en Chièvres, tenía una de las más nobles figuras, uno de los mejores de Borgoña. Esto explica que, en las cosas que se referían a Borgoña, Carlos V fuera profundamente sentimental. Las declaraciones borgoñonas en sus escritos suenan, por tanto, como expresiones sentimentales. Su esclarecida inteligencia le dice, sin embargo, que esta valiosa forma de vida pertenecía a un tiempo pasado y que él tenía que cumplir la misión de su vida como emperador y no como un caballero de Borgoña. Con razón observa Burckhardt que cuando Carlos actúa como caballero borgoñón comete generalmente faltas; cuando actúa como emperador, acierta en sus decisiones.

Es sorprendente que la mayor parte de los historiadores hayan dejado de ver esta doble personalidad de gran soberano. La fundamental diferencia entre el Emperador, por un lado, y el príncipe territorial y miembro de una nobleza, por el otro, no parece haber sido comprendida casi nunca fuera de España con la excepción de Burckhardt y, quizá, Rassow. Quizá a causa de que la esencia del imperio es comprendida por tan pocos. A la mayor parte de los autores, en especial a aquellos formados en el espíritu del siglo XIX, les ha faltado el sentido para una filosofía política que es la única que puede dar la clave del enigma. Pero debemos añadir, en justicia, que a todos los hombres del siglo XX no es más fácil que a nuestros padres comprender el pensamiento de la Edad Media y del comienzo de la Edad Moderna.

Demasiado a menudo se considera al Imperio sencillamente como una forma de Estado, se deja de ver completamente que el Imperio bien entendido, especialmente el pensamiento imperial que inspiró a Carlos V, no es una forma, sino una función. El error se debe, en gran parte, al mal uso que de las palabras "Emperador" e "Imperio" se hizo en el período de general decadencia que caracterizó a la invasión de la ideología de la revolución francesa. A pesar de todo está hoy todavía el concepto imperial vivo en la conciencia de los hombres. Buen ejemplo de ello son dos soberanos de nuestro tiempo que han llevado el título imperial o cuya función, por lo menos en nuestro vocabulario, ha sido calificada como de emperadores. El uno es el sha en Sha, de Persia; el otro, el Negus Negesti, de Etiopía. Analicemos la fórmula: sha en Sha significa soberano de soberanos y Negus Negesti, rey de reyes. En los dos casos no significa la palabra soberanía territorial, sino una función más alta, la de juez supremo, la de árbitro de los soberanos.

Este hecho, tantas veces olvidado, es, sin embargo, esencial. No se puede colocar al emperador en la misma línea que un rey o un presidente como soberano sobre un determinado territorio. En la alta Edad Media este hecho fué siempre perfectamente conocido. No sólo el propio emperador, los Salier como, sobre todo, los Hohenstaufen han conocido y afirmado este rango y dignidad imperial y su posición extraterritorial. Tanto en las crónicas de los monjes como en las obras de los poetas habla el convencimiento de la posición excepcional del emperador, el cual sólo puede ser uno. El mayor poeta alemán de la Edad Media, Walter von der Vogelweide, está profundamente penetrado de esta misión del emperador como juez de paz. Habla de los "pobres reyes" a diferencia del emperador, que en un orden de jerarquías no pertenece de ningún modo a una de tipo material, sino espi-

ritual. Y su señor, Federico II de Hohenstaufen, pretendía incluso ser superior al Papa como el "ordenador del mundo". También el título imperial de Carlos era —sobre ello no hay duda alguna— el romano medieval. También ha sido el último emperador que el Papa ha coronado personalmente como tal, si no en Roma, por lo menos en Bolonia.

"La misión que él consideraba ante Dios como suya la encontró descrita en la idea imperial, no en la idea de uno de los Estados que le habían correspondido por herencia", dice Rassow. Y acentúa que el Emperador consideraba estas herencias mismas como unos legados divinos que le imponían una dura labor y una tremenda responsabilidad. Bajo el signo de la misión imperial está su continuo y afanoso empeño, al final no logrado ni agradecido, de establecer una paz religiosa en Alemania y conservar una Iglesia cristiana y occidental. El compromiso entre los partidos confesionales por el que luchó con paciencia y tenacidad "no obedecía —como dice Rassow— a su interés político, sino a su concepción sagrada del Imperio, concretamente a la medieval, a la idea imperial que abarcaba a toda la cristiandad".

La idea del imperio tiene un carácter supranacional y supraterritorial. En nuestro caso significa el concepto emperador una elevada vinculación que no tiene originalmente un sentido político de poder, sino un fundamento ético, un orden general moral sólo enraizado en la idea de Dios y que, por tanto —especialmente en el ámbito cristiano—, tiene que estar basado sobre el derecho natural. Esto explica las invocaciones tantas veces repetidas por Carlos V a la misión divina y a los deberes que él tenía como emperador. Encontramos esta concepción en todos sus escritos.

Debe también mencionarse, quizá, en este aspecto, a un hombre de origen alemán, en sentido estricto de la Baja Alemania, neerlandés, con cuyo mundo de ideas está estrechamente unida la idea del imperio y el concepto imperial de Carlos V: Erasmo de Rotterdam, el "rey de los humanistas". Naturalmente hay que distinguir cuidadosamente entre aquel humanismo moralista, en el fondo ya herético de Erasmo, al que el Emperador como cristiano sincero medieval permaneció inmune, y la gran idea de la paz a la que sirvió Erasmo y que también inspiró al Emperador.

Conocemos la viva actividad diplomática que desarrolló Erasmo durante las negociaciones de Augsburgo en el año 1530, cuando el Emperador creía estar ya a punto de lograr sus fines con el compromiso entre Melanchthon y los legados papales. No es esta ocasión de examinar las causas que hicieron fracasar aquellas negociaciones tan prometedoras. Importante para la actitud espiritual del Emperador es

que evidentemente estuvo en gran medida bajo la influencia de Erasmo durante la estancia de éste en Friburgo, desde donde constantemente salieron cartas a Augsburgo; desde donde, a su vez, dirigidas por el círculo de consejeros imperiales, salieron preguntas a Friburgo. Erasmo quería salvar a todo precio la unidad de la cristiandad, rechazaba toda guerra dentro del mundo de Estados cristianos, conjuró a Carlos a que reuniera las fuerzas contra los turcos, aunque tuviera que hacer amplias concesiones a los protestantes. Quería aislar a Lutero, dejar reducido su movimiento a una secta que, como "la de los husitas y judíos", carecería de toda importancia y se extinguiría por sí sola algún día. Las ideas de Erasmo, que veía precisamente en el Emperador al portavoz y dirigente de toda la cristiandad y de un Occidente unido, habían sido ya antes conocidas por el Emperador a través de su maestro neerlandés Adriano de Utrecht, elegido en 1522 Papa, y apasionado partidario de Erasmo. También en la España contemporánea tenían estas ideas sus representantes, en especial en Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla.

El conocimiento de la verdadera esencia del Imperio ha constituído el pensamiento fundamental de la política de Carlos V. En primer lugar, está la universalidad de su concepto de emperador e imperio. Constantemente extiende el concepto de imperio al total "Orbis Christianus", a la entera cristiandad. Y puesto que ésta se compone de tantas naciones y Estados, sólo puede ser desempeñada la función universal si se separa radicalmente de cualquier estrecho nacionalismo. De aquí las grandes dificultades con que tuvo que luchar el Emperador de Occidente. Su aparición coincide en el tiempo con los efectos del Renacimiento, esto es, del espíritu pagano que progresivamente fué corroyendo la sustancia trascendente del pensamiento occidental. La esencia de la evolución consistió en que el Renacimiento, en sus últimas tendencias ideológicas, continuó todos aquellos principios fundamentales que con la ilustración, la revolución francesa y finalmente el materialismo del siglo XIX celebraron sus mayores triunfos. En la trayectoria ideológica del Renacimiento reconocemos aquel materialismo cuyas lógicas consecuencias son el nacionalismo, el totalitarismo y la pérdida de todo sentido jurídico. Del mismo modo es el pensamiento político romano-pagano el que en última instancia coloca a la fuerza sobre el derecho y ha contribuído con ello en la vida de la comunidad al desarrollo de aquellos factores que ya no reconocen a las comunidades naturales, sino que quieren centralizarlo todo, unificar todo violentamente y con ello fundar la omnipotencia del Estado.

Esta lucha ideológica la encontramos en las contiendas entre el Imperio y Francia, entre el Habsburgo y el Valois, entre Carlos V, el

Emperador universal de la cristiandad, y Francisco I, el rey nacional, que es aún, por supuesto, cristiano convencido, pero en su manera de proceder representa ya principios paganos; que aún vive de la tradicional sustancia espiritual, pero que al mismo tiempo provoca su destrucción.

De la universalidad del concepto de emperador e imperio se deriva la posición del Emperador como árbitro entre los soberanos, como soberano de los soberanos. Supone obligaciones occidentales universales. Estas se revelan en una carta del Emperador, de 9 de febrero de 1526, a la administradora Margarita de Toledo sobre los fundamentos y los objetivos de su tratado de paz con Francisco I. Carlos V dice: "Madame, Vous aurez déjà été avertie par Bellecourt et depuis par Corteville, de la conclusion de la paix avec le Roi très chrètien, mon beau-frère. Je me suis mu et incliné à celle-ci principalement et avant toutes choses pour le service de Dieu Universel, de toute la Chètienté, pour le soulagement et repos de tous mes Royaumes, pays et sujets. J'éspère qu'elle sera le commencement, par où le Pape et tous les Princes et Potentats s'achemineront et guideront, pour par ce moyen entreprendre l'entreprise contre le Turc, extirper les hérésies, qu'ácause de nos péchés Dieu permet dans la Chrétienté, tenir celle ci en bonne paix et justice, choses auxquelles je désire de tout mon coeur m'employer, pour m'aquitter de la charge qu'il a plu à Dieu de me donner. Je vous assure, Madame, qu'il ne tiendra pas à moi que toutes ces fins soient atteints."

En estas sencillas palabras se resume la misión internacional del Emperador. No le importa el ensanchamiento de los territorios sometidos a su soberanía, el afianzamiento de su poder, sino la seguridad y la paz de Occidente, el restablecimiento de un orden jurídico ligado a la divinidad que allanase el camino para una reunificación de la cristiandad. A este fin ha servido durante toda su vida Carlos V. Explica sus incansables esfuerzos para atraer a Francisco I a una política común de los pueblos cristianos. En aras de este ideal está dispuesto a dar territorios de su herencia al francés —como, por ejemplo, Milán— sólo a cambio de que el rey Valois hubiera estado dispuesto a contribuir a la salvación de la cristiandad frente a la amenaza del Islam.

Su blandura con el rey vencido de Francia asombró ya a los contemporáneos. "Su moderación parece un milagro", escribe el embajador Contarini. "No quiero ni dinero ni provincias —dijo el Emperador a los negociadores franceses—; exijo el restablecimiento de los derechos del Imperio y la defensa contra el enemigo hereditario."

El Emperador no es sólo, sin embargo, unificador, árbitro entre los soberanos; esta misma función le ha sido transferida en sus paises

de herencia. A la política interior de Carlos V se le ha dedicado demasiada poca atención. Nos ciegan demasiado a menudo los problemas mundiales con los que ha tenido que luchar. Debiéramos considerar con más atención la paciencia del Emperador en sus negociaciones con los representantes del pueblo, su respeto hacia los derechos de las cortes y de los parlamentos. No quiere, como el ambicioso Estado nacional francés, destruir las comunidades naturales. Ve la función de la corona en mediar entre las clases, en mantener el equilibrio entre las capas sociales y proteger precisamente a los débiles contra los excesos de los poderosos. Es significativo que Carlos V se arrepiente durante toda su vida de su política contra los Comuneros, y consideró su actitud como una de sus grandes faltas de gobernante. Con razón observa Burckhardt que la represión de los Comuneros fué un acto típico del noble borgoñón, que fué más tarde condenado por el emperador Carlos V.

Esta actitud universal cristiana del árbitro de Occidente ha protegido al Imperio de Carlos V contra la tentación de aquel imperialismo que adquirió su pleno vuelo en el siglo XIX, pero que también caracterizó a la política conquistadora de un Francisco I. Un Imperio rectamente entendido no puede ser de ningún modo imperialista a causa de su estructura. Muy diferente hubiera sido una monarquía universal como la que propugnaba Gattinara. La mejor prueba de ello es la política seguida en Iberoamérica, esa auténtica hispanidad política radicalmente distinta de la de los principios de los grandes imperios coloniales.

Nunca fué la intención de España fundar colonias, sino reinos de Ultramar regentados en forma que recuerda a la de los reinos europeos como Aragón o Nápoles. Lo advertimos en el hecho de que ya en los primeros años se fundaron universidades y, al mismo tiempo, todas aquellas instituciones que permitieron a Ultramar un desarrollo independiente, según el ejemplo de la Península Ibérica. Quizá lo más significativo es la creación de los cabildos en las ciudades que trescientos años después habrían de ser tan importantes para las provincias de Sudamérica. Vemos aquí en la política iberoamericana algo completamente distinto de la explotación colonial que encontramos, por ejemplo, en el norte del Nuevo Mundo. En América del Norte extirparon los colonizadores a la población indígena. En Iberoamérica, por el contrario, se procura deliberadamente europeizar al país, llevarle la cultura. Con razón ha llamado Ramón Menéndez Pidal a Carlos V "Emperador europeoamericano". Un espíritu parecido se trasluce en una carta de Hernán Cortés dirigida desde Méjico, en abril de 1522, a Carlos: "Vuestra Alteza se puede intitular de nuevo Emperador

de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemania que por la Gracia de Dios vuestra sacra majestad posee."

Cierto que, ante todo, estuvo el Emperador aprisionado por los problemas europeos, africanos y asiáticos. Eran acuciantes. Al fin y al cabo Iberoamérica no planteaba aún ninguna cuestión política. No hay, sin embargo, duda alguna que fué la política imperial de sus consejeros españoles la que sentó los fundamentos de aquellas leyes de Indias que dieron su justificación ética y moral a la empresa de España en Iberoamérica. Sea aquí observado que también en el terreno político, precisamente nuestros días han dado su justificación al espíritu de estas leyes. Los lazos que Carlos V y Felipe II anudaron subsisten hoy todavía. La dominación colonial, por el contrario, se resquebraja y sólo deja atrás amarguras y rebeliones. Todos estos puntos de vista redondean la imagen del Emperador. En Carlos V no es lo más sobresaliente sólo la persona, el "pensador político y conductor del Estado", como le llama Rassow. Encarna también en el mejor sentido de la palabra un problema político. Sus esfuerzos no habrían de lograr en su tiempo ningún éxito duradero. Pues sus ideas, sus motivos fundamentales *(leitmotiv)* estuvieron —como ya hemos dicho— en contradicción con las ideas fundamentales de aquel ciclo espiritual que empezó en el Renacimiento, condujo a la revolución francesa a través de la ilustración y alcanzó su punto culminante en el siglo XIX, para encontrar su final en un trueno espantoso, apocalíptico, en la bola de fuego sobre Hiroshima.

Esta época ha tenido poco sentido para el universalismo. Aspiró necesariamente en sus últimas grotescas formas a los totalitarismos nacionales o pretendidamente sociales, a la mentalidad del Herrnvolkes y de la brutal negación de lo trascendente.

Esta rápida exposición del ciclo evolutivo es necesariamente demasiado esquemática. En el reino de las ideas la evolución del pensamiento precede siempre a los hechos. La materia es inerte; siempre va detrás del espíritu conductor. Por eso las instituciones caducas sólo acaban de hundirse bastante tiempo después de su fin espiritual. Del mismo modo las nuevas construcciones siguen también con retraso al conocimiento de su necesidad. A pesar de todo, nos creemos autorizados a decir que la evolución espiritual, vista históricamente, es más importante que su concreción, ya que nos indica el porvenir.